

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

René Girard, intérprete de la violencia

¿Podría el hombre perdonar tanto, sin saberse querido absolutamente por Dios? Sólo quien se sabe querido incondicionalmente, aceptado como es en su propia miseria, puede mirar al otro como Dios le mira desde Cristo, el humano y divino que cargó con todo lo inhumano, haciéndonos no hijos de la Ley, sino de la Gracia y de la libertad. Y, por tanto, de la paz que clausura toda violencia, y que vence a toda muerte y de toda muerte.

.....
Carlos Díaz

Miembro del Instituto E. Mounier

1. Triangularidad del deseo y mimesis de apropiación gemelar

La mayoría tiende a pensar que el objeto de nuestro deseo brota de nuestra propia voluntad, es decir, que somos atraídos por el valor intrínseco de lo deseado en una relación lineal sujeto-objeto; que nuestro querer sólo quiere lo que nosotros queremos que quiera; que por el deseo de lo otro entramos en nosotros mismos; que nuestro querer es genuino, nunca determinado por el querer de los demás, sino por la singularidad de nuestro propio querer. Sin embargo, yo deseo lo que tú deseas porque tú lo deseas y no porque yo lo desee antes; tú deseas lo que yo deseo porque yo lo deseo, y no porque tú lo desees antes. Mi deseo es, pues, copia mimética de tu deseo y del deseo de otro(s), de ahí la envidia (deseo del deseo del otro). Somos imitativos por naturaleza, nuestros tendones y nuestra sangre están tejidos con el tejido de la emulación, porque el deseo es triangular y no se dirige directamente a lo deseado, sino a algo tercero que para otros es modelo (dinero, bienes), los cuales nos lo han hecho desear presentándonoslo como algo modélico, arquetípico, santo, etc., algo deseado por ellos y por ende conflictivo con mi propio desear.

En realidad nunca soy único deseando, sino que hay otros deseando lo que yo, y todos a su vez deseamos el deseo del modelo, del héroe, del arquetipo. Los otros y yo deseamos lo que el modelo o mediador nos señala como deseable, y rivalizamos entre nosotros por alcanzarlo. Si no hubiera conflicto entre dos que rivalizan por su deseo de lo mismo, eso mismo no sería modelo: es modelo por cuanto es deseado por dos voluntades en conflicto.

Ahora bien, dos manos que tienden a la vez hacia el modelo producen conflicto: la vida es un drama entre gentes de una misma tribu que se disputan la jerarquía de la misma charca. No es la diferencia la que produce la confrontación (la rivalidad amo-esclavo, rico-pobre, guapo-feo), sino el roce, la cercanía, por eso las peleas entre gemelos resultan fratricidas, ya que al estar tan cerca convierten en absoluta cualquier refriega: entre distantes no hay conflicto porque no hay mismidad en el deseo; lo que nos duele es la búsqueda de la afirma-

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

ción en torno a lo mismo cercano, de ahí la dureza de nuestro juicio sobre los compañeros de profesión por mimesis de apropiación de lo mismo: lo que más conflicto entraña es la reproducción de la homofonía gemelar, la pronunciación a la vez de las mismas palabras del mismo deseo.

La indiferenciación, la fluidificación de las diferencias, es decir, la gemelidad, crea malestar, pues dicha indiferenciación es sinónimo de pérdida de jerarquía y de autorreconocimiento. Yo no quiero ser el «doble» del otro, como el otro no quiere ser mi doble, cada cual reivindica su principio de diferencia y de jerarquía. La simetría absoluta del doble, del gemelo, del otro yo que es yo o como yo, propicia la búsqueda del sí-yo/no-tú, del yo-sí/tú-no. El deseo de jerarquía, de logro, de afirmación en la búsqueda de lo mismo es la violencia contra esa gemelidad que nos convierte en dobles, es decir, en desiderativamente inexistentes: uno no puede ser dos, como dos no pueden ser uno porque ambos queremos lo mismo. Y, si el otro es ahora lo mismo que yo, porque quiere lo mismo que yo, de tal modo que no nos identificamos en lo que somos, sino en el modelo que queremos llegar a ser, somos gemelos en el deseo rivalizador, y por eso la dialéctica relacional puede llegar a vivirse de forma «dualéctica», antagonismo dual simétrico productor de expulsión, de conflicto, de duelo.

De ahí resulta que, por derivación, la diferenciación pide no sólo autoafirmación (hostilidad frente al otro), sino además in-diferencia respecto del otro. De hecho, en esa pugna a veces desaparece o queda latente lo deseado, y sólo existe o queda patente el conflicto en torno al yo que desea, se pierde el objeto intencional y se produce la clausura egocéntrica y polemizante, con lo que la tensión binómica puede llegar a constituirse en destitutiva: lucha contra la moral en favor de la mera autoafirmación. Cuando la rivalidad se agranda y es ya insostenible, se da la espalda al gemelo del deseo; en los peores casos, la tensión concluye en el crimen.¹

2. Mimesis de apropiación egorrelativa y mimesis de apropiación modélica

Ahora bien, el yo que desea no sólo es doble respecto de otro que desea lo mismo que él, es que además es doble respecto del propio yo, pues el yo real siempre falible emula al yo ideal (el superyo), con el consiguiente conflicto. Yo compito también desesperadamente con mi propio yo real, conmigo mismo, y tengo horror a los espejos, especialmente al yo especular que me refleja el rostro que no quiero conocer de mí mismo, «el otro», pues

en ellos veo al otro yo, con el que exaspero mi rivalidad, pudiendo terminar en la locura.

Pero esta situación no se produce sólo entre deseante y deseante (gemelidad del deseo), ni sólo entre el yo y el otro yo especular, sino además entre cada deseante y el modelo. El modelo deseado (amado, etc) es el héroe. No es deseado por ser héroe, sino héroe por deseado, su condición de deseado refuerza su identidad heroica: cuanto más deseado sea por más deseantes gemelos, más puede aureolarse con una santa indiferencia, la indiferencia del deseado aviva la envidia entre los deseantes, que desean a su vez apoderarse de esa invulnerabilidad del modelo para hacer lo mismo que él hace.

Lógicamente, el modelo está encantado con ser emulado, y goza sabiendo que los otros copian miméticamente sus propias huellas. Sin embargo, tampoco se dejará apropiarse por los plagiarios o emuladores, pues eso sería despojarse de su preeminente condición, razón por la cual no se le puede captar sin violencia: ¿cómo iba a permitir su propio autodespojo?

Los émulos del modelo mantienen con él una relación de *double bind*: el modelo lanza una señal para que el otro (o los otros) le emule(n): necesitando la mirada emuladora del otro que le constituye en héroe emulable, sugiere al émulo: imítame, soy la perfección, si me imitas serás como yo. Pero, cuidado, no me emules tanto que amenaces mi primacía. El modelo tiene que parar los pies del sujeto-émulo. Muchas veces, además, lo que comenzó en adoración termina en revuelta, ya que el ideal deja al descubierto la propia realidad insatisfactoria, nada heroica, del imitador, produciéndose entonces a la vez el menosprecio del yo y la rebelión contra el «padre» (ideal, héroe): ambas son expresión de un mismo resentimiento contra el principio de realidad.

Por su parte el modelo emulado tendrá a su vez otros a los que emular, y vivirá esta misma situación; en realidad todos emulan a todos en relaciones de distinto nivel: un oficinista emula a un banquero, y éste a otro, y siempre hay a quien emular (un budista diría que es la forma en que se va incrementando la deuda kármica).

3. La ocultación del deseo mimético y su rito de acusación estereotipada

Por si todo este dolor fuera poco, no reconocemos que somos la mirada del otro al que tomamos como modelo porque necesitamos creer en la originalidad del yo que desea, de ahí el desconocimiento (o no-co-nacimiento, la desunión en el origen) de lo real verdadero ante mis rivales desiderativos, ante mi propio yo, ante el modelo mismo.

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

Ello conduce al mecanismo de la acusación estereotipada sobre la víctima: lo satánico (lo acusatorio-destrutivo) ha triunfado. Llegados a tal punto, se necesita algún culpable, el mecanismo hidráulico pide desagüe, la lógica interna de la situación demanda ritos capaces de lograr la reinstauración del orden. Un terremoto sacude Lisboa, la peste asola Tebas, algún malévolo es el portador, hay que encontrar al culpable, el pueblo está urgiendo. El rito pide estereotipos victimatorios en un otro asimétrico que no puede ejercer su defensa simétrica contra nosotros, y que evita también el enfrentamiento simétrico entre nosotros mismos, la exasperación de la reciprocidad que nos conduciría al desastre. El rito, pues, no pide todos contra todos, sino todos contra uno: cualquier otro tiene que pagar por lo que nosotros nos hicimos para que nosotros podamos reconciliarnos, cualquier otro que remanse la violencia: un tótem ya inhumanizado por la acusación, es decir, un extranjero, un misionero, una mujer, un niño, un enfermo, un gemelo, un cojo, una minoría étnica o social incapaz de defenderse, alguien sobresaliente por algo que supuestamente amenaza la identidad del grupo: los judíos han envenenado las aguas del Sena...

La víctima así elegida estereotípica o arbitrariamente es estigmatizada por alguien que dice que sabe (Hitler, por ejemplo), y la masa sigue detrás, pues no todo es imitación, sino que en el origen del comportamiento mimético siempre existe alguien con gesto creativo, uno primero que tira la primera piedra, la primera almohadilla al ruedo, uno primero que aplaude (incluso si se equivoca es seguido por otros muchos, a veces). No hay nada más contagioso que la mimesis, nada más ciego que la masa.

La víctima aglutina desafortunadamente todas las miradas, devuelve el orden y la paz que necesitamos y no tenemos. Ella es maléfica y benéfica a la vez, pues se le atribuyen como causa generativa todos los males al principio y todos los bienes al final, cuando los miedos ya han sido catartizados. De la violencia ejercida colectiva y unánimemente contra la víctima inocente nace la sacralidad. Tras el asesinato de todos contra uno viene el banquete, en el cual la víctima expiatoria es dilacerada y comida. La pura rivalidad mimética de los hombres sólo sabe descubrirse con sangre en las manos; y, como aberra, hay que evacuarla laxantemente.

4. El derecho, actualización del rito de occisión sacrificial

Cuanto más nos alejamos de los orígenes rituales, tanto más débiles son sus efectos, precisándose de mayores dosis de violencia para producir efectos más pequeños: cada vez más víctimas para soluciones más efímeras. Cada vez se necesitan más millones de muertos para conseguir paces menos profundas en el orden social espúreo. Es un mecanismo en caída progresiva desde Adán, pasando por el asesinato de Abel, hasta hoy.

Este esquema se mantiene a pesar de la desacralización, pues el orden social no puede darse sin alguna forma de sacralidad, por lo que resacraliza elementos que antes eran profanos para que asuman la función simbólica del tabú. En nuestros días el derecho, siempre basado sobre la ley del Talión, pretende ser el sustituto del chivo expiatorio. Ahora bien, si el derecho consiste en dar a cada uno lo suyo para que quien la hace la pague, ojo por ojo y diente por diente, mañana todos habrán de estar ciegos y desdentados: del mero derecho no puede sacarse nada humano, y menos los derechos humanos (la expresión «derechos humanos» es contradictoria performativamente), pues el derecho no tiene alma humana; a lo máximo, pide reciprocidad en la venganza desalmada.

La legislación de países democráticos mantiene la pena de muerte a la vez que proclama el respeto de los derechos humanos: los humanos tienen derecho a la pena de muerte (que en los Estados Unidos casi siempre es la de «ellos», los negros, los hispanos, etc., difícil resulta imaginarse a un Kennedy en la silla eléctrica). La asepsia de la inyección letal es, pues, la última palabra en la espiral de la violencia victimatoria que tiene su origen en los sacrificios humanos, luego sustituidos por sacrificios animales, y ahora por sacrificios jurídicos, en una eterna pirámide sacrificial. Desde tiempo inmemorial es sabido que el inmisericorde con el otro y consigo mismo sólo aspira al sacrificio del otro y de sí.

El momento central del rito jurídico es el juicio, es decir, la acusación y la resolución por separación. Donde hay juicio no cabe reconciliación, sino victoria de una de las partes, la que supuesta o realmente lleva razón. El derecho exige una mirada vengativa, el rencor, el recuerdo del daño padecido para que el damnificado no quede indemne a su vez. Es la espiral del retrotraerse sin retraerse. Auschwitz llama a Auschwitz, círculo del holocausto («todo quemado»). Auschwitz no se supera recordando lo que ocurrió en Auschwitz, a no ser que lo recordáramos como perdonado. Sin el perdón, el recuerdo de Auschwitz sólo causa tristeza; con el perdón incondicional —no obsesivo, no asediador— abre futuro para un nunca más Auschwitz.

IMPERIALISMO Y TERRORISMO: REGRESO AL ESTADO DE NATURALEZA

5. Por una anámnesis del perdón total:

Agnus Dei qui tollis peccata mundi

En el mundo judío, el animal que bala y se resiste no bala para el sacrificio, y no vale para él. Una vez matado el manso, a la gente se le asperge con su sangre: las gotas aspergidas sobre cada uno de los individuos les liberan.

Caifás siente que vive en un momento de indiferenciación donde todo es caos social: ¿mandan los judíos, mandan los romanos? Y rompe esa indiferenciación oscura con el mecanismo de la occisión diferencial: por Pascua, dice Caifás, es «bueno» que muera uno por todos. Y el pueblo perpetra ese crimen creyendo apostar por algo «bueno» en medio del caos, a costa del único inocente. Precisamente el mismo pueblo que hacía poco había aclamado al mismo que ahora condenaba, y siempre por contagio mimético. El mecanismo de la indiferenciación que produce a su vez indiferencia: conviene que muera «uno».

La respuesta de Cristo es eucarística: se hace alimento salutífero y eterno antes de que se ejerza sobre él mismo el asesinato; da la vida antes de que se la quiten, y de este modo denuncia la violencia victimatoria encajando incondicional y antecedentemente en su pecho la violencia, retirando la acusación del escenario, muriendo por todos, perdonando y resucitando para la vida. Cristo irrumpe dando su vida, biocenóticamente, para que haya vida, y no a la inversa, pues quien a hierro mata a hierro

muere. Sólo este tratamiento alopático es resucitador. Cristo, al perdonar, renueva la Alianza, el símbolo de su amor con cada persona. Contra la acusación satánica (Satan en hebreo significa acusación), contra lo diabólico (*diá-ballo*, *diábolo*: romper, desunir, acusar) sólo cabe el símbolo, es decir, la entrega fiel de su amor.

¿Podría el hombre perdonar tanto, sin saberse querido absolutamente por Dios, en lo que cada uno de nosotros tenemos de necrosado, de victimador, de tanático? Sólo quien se sabe querido incondicionalmente, aceptado como es en su propia miseria, puede mirar al otro como Dios le mira desde Cristo, el humano y divino que cargó con todo lo inhumano, haciéndonos no hijos de la Ley, sino de la Gracia y de la libertad. Y, por tanto, de la paz que clausura toda violencia, y que vence a toda muerte y de toda muerte.

Nota

1. René Girard —según su mejor conocedor en España, Ángel Barahona— asegura que la civilización surge de la separación que sigue a la necesidad de autoafirmación advenida tras la exclusión del otro. Toda civilización sería represiva.

Conjurado el caos sobre la occisión del inocente (poco importa que la víctima sea culpable o inocente, lo importante es la necesidad de aplacar el desorden con cualquier víctima: el desorden ciego no pide lógica en su exigencia de reparación), el nuevo orden restaurado/instaurado procede de un homicidio fundador.